Globethics Repository



Los cambios en la cultura y la acción políticas [Changes in culture and political action]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Castiñeira, Angel
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-05 18:32:54
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221989

Los cambios en la cultura y la acción políticas

Angel Castiñeira *

En las últimas dos décadas las sociedades industriales avanzadas han iniciado un cambio de trayectoria tanto en lo que se refiere a la visión general del mundo como, en particular, en la manera de concebir y ejercer la cultura política. En ambos casos, diversos analistas han hecho referencia a ello utilizando, con diversas significaciones y con relativo éxito, el concepto de postmodernidad, postmodernismo o postmodernización. De manera simplificadora y reductiva, lo podemos admitir aquí para hacer caer en la cuenta que este fenómeno implica un cambio sociopolítico y cultural que va más allá de o en una dirección diferente al pensamiento, la valoración y la acción política modernos. Nos estamos refiriendo, en definitiva, a un cambio intergeneracional de prioridades y de valores que altera al mismo tiempo, de manera gradual, la política y las normas culturales de nuestra sociedad.

Ronald Inglehart ha desarrollado en diversas investigaciones sociales comparadas lo que él denomina el "cambio hacia una orientación valorativa *postmaterialista*" como uno de los componentes más relevantes de este giro cultural postmoderno. Esta orientación denota un conjunto de rasgos a los que la gente da importancia una vez ha llegado a alcanzar unos ciertos niveles básicos de seguridad material. Así, la sensación de mayor seguridad existencial o económica, o bien la prosperidad reforzada por el Estado del bienestar durante las últimas décadas habrían propiciado el desplazamiento de las prioridades de muchos individuos, habitualmente físicas y económicas, hacia aspectos como por ejemplo la calidad de vida o la autoexpresión. Esta orientación postmaterialista tendría un correlato directo también en la agenda política de todas las sociedades industriales avanzadas y en la redefinición de los límites de sus

* *Profesor de Filosofía Social en ESADE. Barcelona.*

políticas institucionales, manifestándose, de manera llamativa, en las movilizaciones relacionadas con la tecnología nuclear, la investigación genética, la preocupación por el medio ambiente y la crisis ecológica, la importancia concedida a la participación ciudadana, las minorías étnicas y las reclamaciones nacionales, los derechos de la mujer y la emancipación de los homosexuales, los problemas de los discapacitados y la causa pacifista, el aborto, el multiculturalismo, etc.

En plena coherencia con los planteamientos del último Giddens, las preferencias postmodernas dejan atrás o en un segundo lugar los clásicos y tradicionales conflictos entre derecha e izquierda, sobre la propiedad de los medios de producción y las nacionalizaciones o sobre la distribución de la renta, provocando una enorme sacudida sobre las estructuras de nuestros sistemas políticos y sobre sus instituciones.

"El surgimiento –dice Inglehart– de un nuevo eje político basado en la polarización entre los valores postmodernos y los valores culturales tradicionales y el declive de la polarización basada en la clase han dejado a los sistemas políticos occidentales en una situación de esquizofrenia. La mayoría de los partidos políticos más importantes se han alineado a lo largo del eje de polarización basado en la clase durante décadas, y las lealtades a los partidos establecidos y los vínculos grupales todavía mantienen la mayor parte del electorado en esta línea. Pero las cuestiones políticas más destacables son hoy principalmente cuestiones postmodernas; respecto de ellas, el apoyo a favor del cambio proviene principalmente de una base postmaterialista de clase media".

Son estas "cuestiones postmodernas" las que han forzado a la adaptación y la renovación de muchos partidos políticos o, mejor todavía, las que han contribuido o bien a crear otros nuevos (como los verdes y los nacionalistas) o bien a hacer que proliferen nuevos movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales y un buen número de asociaciones de tema único que cada vez más se alejan de las viejas referencias al conflicto social de clase. El economicismo al estilo "más estado o más mercado" pierde relevancia y deja paso a la movilización ciudadana por factores relativos a los estilos de vida, la calidad del entorno, el desarrollo urbano o la identidad (sexual, étnica, generacional, cultural).

A pesar de la evidencia de ciertos datos, como por ejemplo la disminución general de la confianza en los gobiernos, el descenso de la participación electoral, la desafiliación masiva de las militancias de partido o el debilitamiento de las lealtades políticas, los estudios empíricos de Inglehart pretenden demostrar que los públicos occidentales no son políticamente apáticos. Al contrario, las dos últimas décadas habrían puesto de manifiesto un gran potencial de implicación en los asuntos políticos por parte de

importantes sectores de ciudadanía, derivado de una mayor disponibilidad de recursos cognitivos, informativos, materiales y simbólicos. Y a su vez, una mayor capacidad de movilización y de generación de comportamientos de protesta que desafían directamente la élite política. Desde otra perspectiva, algunos han caracterizado este fenómeno como "el retorno de la sociedad civil". Las formas no convencionales de participación política abren, en todo caso, la puerta a lo que antes hemos denominado la cultura política postmoderna. Esto pone en cuestión buena parte de los mecanismos habituales de intermediación de intereses y deja entrever la incompetencia de la política "moderna" para responder a los nuevos temas y valores surgidos. La conclusión de Inglehart al respecto es contundente: "El Estado burocrático, el partido político disciplinado y oligárquico, la cadena de montaje en la producción, el sindicato de vieja línea y la corporación jerárquica hicieron posibles la Revolución Industrial y el estado moderno. Pero la tendencia hacia la burocratización, la centralización y la propiedad y el control estatal se está invirtiendo, en parte debido a que está alcanzando los límites de su eficacia y en parte debido al cambio de prioridades entre los públicos de las sociedades industrialas avanzadas. La confianza pública en estas instituciones se está erosionando en todas las sociedades industriales avanzadas".

Por último, la progresiva deslegitimación o erosión de las formas de autoridad institucional tienen también una derivación en las actuales demandas de transferencia de soberanía que naciones sin estado, pero con gran cohesión cultural, como Catalunya, Quebec, Escocia o Flandes hacen a sus respectivos estados-nación. Las investigaciones más actuales sobre el tema ponen también de manifiesto que, en contra de la opinión generalizada –que considera los nacionalismos minoritarios como una muestra de una preferencia irracional y antiliberal, es decir, xenófoba, excluyente, antidemocrática, expansionista y violenta–, la protección de las identidades nacionales es, en los casos mencionados, un fenómeno ligado a los valores postmaterialistas. Will Kymlika ha puesto de manifiesto que en temas como la acogida e integración de la inmigración, la defensa del libre comercio y la liberalización económica o el mantenimiento de relaciones estrechas con los Estados Unidos o con Europa, el Quebec y Catalunya han demostrado ser sociedades profundamente más abiertas, liberales, pluralistas y cosmopolitas que los grupos mayoritarios con que comparten el Estado. *"¿Por qué eran estos reformadores liberales también nacionalistas?* –se pregunta Kymlicka–. *Porque creían que la participación en una cultura nacional, lejos de inhibir la elección individual, es lo que hace significativa la libertad del individuo. (...) Si suponemos que a los individuos les resulta significativa la autonomía para explorar las prácticas*

y opciones asequibles en su propia cultura societaria, entonces la combinación de liberalización creciente y movilización nacionalista que encontramos en el Quebec y en Cataluña es en realidad la cosa más natural". Inglehart coincidirá en sus conclusiones con Kymlicka: "Los partidarios de estos movimientos tienden a ser postmaterialistas motivados por la preocupación de la autonomía cultural y un sentimiento comunitario. (...) En las sociedades industriales avanzadas los movimientos étnicos separatistas no implican, en general, un provincianismo corto de miras. Al contrario, representan un alejamiento del Estado nacional jerárquico que va en *dos* direcciones: por un lado, el aumento de la importancia otorgada a la comunidad y a la autonomía local y, al mismo tiempo, una actitud cada vez más favorable a las relaciones más abiertas. Así, los separatistas de Quebec tienden a ser más partidarios del libre comercio con Norteamérica que los canadienses en general; y los 'nacionalistas' catalanes tienden a ser [más] partidarios de la unificación europea".

Como insinuábamos anteriormente, es fácil detectar las sintonías entre las tendencias que acabamos de mencionar y la propuesta de una *nueva cultura política* que formulan Anthony Giddens y el mismo Tony Blair. De hecho, y a la espera de su confirmación material, la política de la Tercera Vía parece querer salir al paso de los grandes cambios de nuestro tiempo: la globalización económica, las transformaciones de la vida personal (con un mayor énfasis en la libertad personal) y los problemas ecológicos. El proyecto de Giddens –liderado por el mismo Blair– incluye tres dimensiones: a) una nueva caracterización de la política; b) el esbozo abierto de un nuevo programa político; y c) un nuevo estilo de vida, una nueva agenda de valores adaptables a los nuevos tiempos.

Aunque las comparaciones siempre son odiosas, parece pertinente interrogarse sobre qué cambios y adaptaciones están incorporando los partidos políticos españoles y en qué orientación. La próxima contienda electoral puede ser un buen momento para comprobarlo.